CORNERSTONE

BIBLE CHURCH • KATY

Declaración de Fe y Pacto de Membresía

Amados hermanos míos, estad firmes e inamovibles, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que en el Señor vuestro trabajo no es en vano.
1 Corintios 15:58

© 2024 Iglesia Bíblica Cornerstone

ARTÍCULO I: DECLARACIÓN DE FE Y DOCTRINA **3**
SECCIÓN 1: Declaración de Fe 3
SECCIÓN 2: Declaraciones Doctrinales 4
ARTÍCULO II: MEMBRESÍA DE LA IGLESIA **18**
SECCIÓN 1: Pacto de Membresía 18

ARTÍCULO I: DECLARACIÓN DE FE Y DOCTRINA

SECCIÓN 1: Declaración de Fe

Debido a que creemos que la Santa Biblia es la Palabra de Dios inspirada, infalible e inerrante, solo ella es y será la base y la autoridad para responder a todas y cada una de las preguntas relacionadas con el propósito, la estructura y la función de la iglesia.

Las siguientes cinco declaraciones de fe esenciales y no negociables son el fundamento y el marco en el que esta constitución y estos estatutos se basan.

1. Creemos en una Visión Elevada de Dios.

Dios es absolutamente soberano en todas las cosas. La iglesia está establecida y existe solo para Su gloria. Dios está dirigiendo y obrando todas las cosas según el consejo de Su propia voluntad.[1]

2. Creemos en una Visión Elevada de las Escrituras.

Debido a que la Biblia es la Palabra de Dios inspirada, infalible e inerrante en el idioma original que nos transmitieron sin cambios, es la autoridad absoluta y final en todos los asuntos.[2]

3. Creemos en la Predicación de la Sana Doctrina.

Mantener una visión elevada de Dios y una visión elevada de las Escrituras hace necesario la predicación expositiva, la enseñanza y la práctica de la sana doctrina.[3] La doctrina siempre precede al deber.

4. Creemos en la Santidad Personal.

Aunque estamos en el mundo, no somos del mundo. Somos responsables ante Dios y ante los demás por lo que hacemos y por cómo vivimos, porque hemos sido comprados y no es nuestro.[4] Pertenecemos a Cristo.

---

[1] Salmos 22:28; Salmos 33:6-9; Salmos 115:3; Daniel 4:34–35; Isaías 40:17–18; Romanos 9:13–29; Apocalipsis 4:11

[2] 2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 1:19–21

[3] 2 Timoteo 4:1–5

[4] Mateo 18:15–17; 1 Corintios 6:18–20; 2 Corintios 7:1; Efesios 5:3–12; 1 Pedro 1:18

5. Creemos en la Autoridad Espiritual.

Dios mismo ha establecido orden en cada área de nuestras vidas, y la iglesia no es la excepción. Dios en las Escrituras nos ha dado claramente la estructura de autoridad para la iglesia.

Cristo es la cabeza de la iglesia, y Él media Su gobierno a través del cuidado de ancianos piadosos (pastores).[1] Estos ancianos (pastores), que tienen una visión elevada de Dios y de las Escrituras, que son devotos a la predicación, la enseñanza y la práctica de la sana doctrina, y que son ejemplos de santidad personal ante la congregación, son responsables de dirigir la iglesia.

La Biblia enseña que la congregación es responsable ante los ancianos (pastores), y que los ancianos (pastores) son responsables ante Dios.
Por lo tanto, toda la autoridad para tomar decisiones es conferida en los ancianos (pastores), quienes pastorean la iglesia.[2]

SECCIÓN 2: Declaraciones Doctrinales

Dios

Enseñamos que no hay más que un solo Dios vivo y verdadero, un Espíritu infinito y omnisciente,[3] perfecto en todos Sus atributos, uno en esencia, que existe eternamente en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo,[4] cada uno igualmente merecedor de adoración y obediencia.

Dios Padre

Enseñamos que Dios el Padre, la primera persona de la Trinidad, ordena y dispone todas las cosas de acuerdo con Su propio propósito y gracia.[5] Él es el Creador de todas las cosas.[6] Como único gobernante absoluto y omnipotente del universo, Él es soberano en la creación, la providencia y la redención.[7]

Su paternidad involucra tanto Su designación dentro de la Trinidad y Su relación con la humanidad. Como Creador, Él es Padre de todos los hombres[8,] pero Él es Padre Espiritual solo

[1] Colosenses 1:18; 1 Pedro 5:1–4
[2] Hechos 13:6–11; Hebreos 13:17; 1 Timoteo 5:17
[3] Deuteronomio 6:4; Isaías 45:5–7; Juan 4:24; 1 Corintios 8:4
[4] Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14
[5] Salmos 145:8-9; 1 Corintios 8:6
[6] Génesis 1:1–31; Efesios 3:9
[7] Salmos 103:19; Romanos 11:36
[8] Efesios 4:6

para los creyentes.[1] Él ha decretado para Su propia gloria todas las cosas que suceden.[2] Él sostiene, dirige y gobierna continuamente a todas las criaturas y acontecimientos.[3] En Su soberanía, Él no es ni autor ni aprobador del pecado,[4] ni Él restringe la responsabilidad de las criaturas morales e inteligentes.[5] Él ha escogido misericordiosamente desde la eternidad pasada a los que Él quería tener como Suyos;[6] Él salva del pecado a todos los que vienen a Él, y Se convierte, tras la adopción, en Padre de los Suyos.[7]

Dios el Hijo

Enseñamos que Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad, posee todas las excelencias de la divinidad, y en ellas es coigual, consustancial y coeterno con el Padre.[8]

Enseñamos que Dios el Padre creó "los cielos y la tierra y todo lo que hay en ellos" de acuerdo con Su propia voluntad, por medio de Su Hijo, Jesucristo, por quién todas las cosas continúan en existencia y en operacion.[9]

Enseñamos que en la encarnación (Dios convirtiéndose hombre) Cristo renunció sólo a las prerrogativas de la deidad, pero nada de la esencia divina, ni en grado ni en clase. En Su encarnación, la segunda persona de la Trinidad eternamente existente aceptó todas las características esenciales de la humanidad y así se convirtió en el Dios-hombre.[10]

Enseñamos que Jesucristo representa a la humanidad y a la deidad en unidad indivisible.[11]

---

1 Romanos 8:14; 2 Corintios 6:18
2 Efesios 1:11–12
3 1 Crónicas 29:11
4 Santiago 1:13
5 1 Pedro 1:17
6 Efesios 1:4–6
7 Juan 1:12; Romanos 8:15; Gálatas 4:5; Hebreos 12:5–9
8 Juan 10:30; 14:9
9 Juan 1:3; Colosenses 1:15-17; Hebreos 1:2–3
10 Filipenses 2:5–8; Col 2:9
11 Miqueas 5:2; Juan 5:23; 14:9–11; Colosenses 2:9

Enseñamos que nuestro Señor Jesucristo fue de nacimiento virginal;[1] que era Dios encarnado;[2] y que el propósito de la encarnación era para revelar a Dios, redimir a los hombres y gobernar sobre el reino de Dios.[3]

Enseñamos que, en la encarnación, la segunda persona de la Trinidad dejó a un lado su derecho a las prerrogativas plenas de la coexistencia con Dios, y asumió una existencia apropiada para un siervo sin despojarse nunca de Sus atributos divinos.[4]

Enseñamos que nuestro Señor Jesucristo completó nuestra redención por medio del derramamiento de Su sangre y la muerte sacrificial en la cruz, y que Su muerte fue voluntaria, vicaria, sustitutiva, propiciatoria y redentora.[5]

Enseñamos que, sobre la base de la eficacia de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, el pecador creyente es liberado del castigo, de la pena, del poder y, un día, de la presencia misma del pecado; y que es declarado justo, le es dada vida eterna y es adoptado en la familia de Dios.[6]

Enseñamos que nuestra justificación está asegurada por la resurrección literal y física de Cristo de la muerte y que Él ha ascendido a la diestra del Padre, donde ahora media como nuestro Abogado y Sumo Sacerdote.[7]

Enseñamos que, en la resurrección de Jesucristo del sepulcro, Dios confirmó la deidad de Su Hijo y dio prueba de que Dios había aceptado la obra expiatoria de Cristo en la cruz. La resurrección corporal de Jesús es también la garantía de una vida futura de resurrección para todos los creyentes.[8]

Enseñamos que Jesucristo retornará para recibir a la iglesia, que es Su cuerpo, para Sí mismo en el Rapto y, retornando con Su iglesia en gloria, establecerá Su reino milenial en la tierra.[9]

---

1 Isaías 7:14; Mateo 1:23–25; Lucas 1:26–35

2 Juan 1:1,14

3 Salmos 2:7–9; Isaías 9:6; Juan 1:29; Filipenses 2:9–11; Hebreos 7:25–26; 1 Pedro 1:18–20

4 Filipenses 2:5–8

5 Juan 10:15; Romanos 3:24-25; 5:8; 1 Pedro 2:24; 3:18; Romanos 5:8–9; 2 Corintios 5:14-15;

6 Romanos 4:25, 6:5–10, 8:34; Hebreos 7:25

7 Mateo 28:6; Lucas 24:38–39; Hechos 1:9-11; 2:30–32; Juan 5:26–29, 14:19; Romanos 4:25, Romanos 6:5–10; 1 Corintios 15:20-23; Hebreos 9:24; 1 Juan 2:1

8 1 Tesalonicenses 4:13–14

9 1 Tesalonicenses 4:15–17, Apocalipsis 20:4–6

Enseñamos que el Señor Jesucristo es aquél por medio del cual Dios juzgará a toda la humanidad:[1]

1. Creyentes,[2]
2. Moradores vivos de la tierra en Su glorioso retorno[3] y
3. Muertos incrédulos en el Gran Trono Blanco.[4]

Como mediador entre Dios y el hombre, cabeza de Su cuerpo, la Iglesia[5] y la venida del Rey del universo quién reinará en el trono de David[6,] Él es el juez final de todos los que fallan en depositar su confianza en Él como Señor y Salvador.[7]

Dios el Espíritu Santo

Enseñamos que el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, es divino, eterno, no derivado, poseyendo todos los atributos de la personalidad y deidad, incluyendo el intelecto, las emociones, la voluntad, la eternidad, la omnipresencia, la omnisciencia, la omnipotencia y la veracidad.[8] En todos los atributos divinos Él es coigual y consustancial con el Padre y el Hijo.[9]

Enseñamos que es la obra del Espíritu Santo ejecutar la voluntad divina en relación con toda la humanidad. Reconocemos Su actividad soberana en la creación, la encarnación, la revelación escrita y la obra de salvación.[10]

Enseñamos que la obra única del Espíritu Santo en esta era comenzó en Pentecostés, cuando Él vino del Padre como prometido por Cristo[11], para iniciar y completar la edificación del cuerpo de Cristo. Su actividad incluye convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio, glorificando al Señor Jesucristo y transformando a los creyentes en la imagen de Cristo.[12]

---

1 Juan 5:22-23; 1 Corintios 3:10-15; 2 Corintios 5:10

2 Mateo 25:31–40

3 Mateo 25:31–46

4 Apocalipsis 20:11–15

5 Efesios 1:22, 5:23; Col 1:18; 1 Timoteo 2:5

6 Isaías 9:6–7; Ezequiel 37:24–28; Lucas 1:31–33

7 Mateo 25:14–46; Hechos 17:30–31

8 Salmos 139:7–10; Isaías 40:13–14; Juan 16:13; 1 Corintios 2:10–13, 12:11; Romanos 15:13; Efesios 4:30; Hebreos 9:14

9 Jeremías 31:31–34; Mateo 28:19; Hechos 5:3–4; 1 Corintios 12:4-6; 2 Corintios 13:14; Hebreos 10:15–17

10 Génesis 1:2; Mateo 1:18; Juan 3:5–7; 2 Pedro 1:20–21

11 Juan 14:16–17; 15:26

12 Juan 16:7–9; Romanos 8:29; 2 Corintios 3:18; Efesios 2:20–22

Enseñamos que el Espíritu Santo es el agente sobrenatural y soberano en la regeneración, bautizando a todos los creyentes en el cuerpo de Cristo. El Espíritu Santo también mora, santifica, instruye, les da poder para el servicio y los sella hasta el día de la redención.[1]

Enseñamos que el Espíritu Santo es el maestro divino quien guio a los apóstoles y profetas a toda la verdad cuando se comprometieron a escribir la revelación de Dios, la Biblia. Cada creyente posee la presencia permanente del Espíritu Santo desde el momento de la salvación, y es el deber de todos los nacidos del Espíritu ser llenos (controlados por) el Espíritu.[2]

Enseñamos que el Espíritu Santo administra dones espirituales a la iglesia. El Espíritu Santo no Se glorifica a sí mismo ni a Sus dones por medio de demostraciones ostentosas, pero sí glorifica a Cristo al implementar Su obra de redimir a los perdidos y edificar a los creyentes en la más santa fe.[3]

Enseñamos, a este respecto, que Dios el Espíritu Santo es soberano en la concesión de todos Sus dones para el perfeccionamiento de los santos de hoy, y que el hablar en lenguas y el obrar de señales milagrosas en los primeros días de la iglesia fueron con el propósito de nombrar y autenticar a los apóstoles como reveladores de la verdad divina y nunca tuvieron la intención de que permanecieran como características de la vida de los creyentes.[4]

Las Escrituras

Enseñamos que la Santa Biblia fue escrita por hombres divinamente inspirados, y es un tesoro perfecto de instrucción celestial;[5] que tiene a Dios por su autor, la salvación por su fin[6], y la verdad sin ninguna mezcla de error en sí misma;[7] que revela los principios por los cuales Dios nos juzgará;[8] y por lo tanto es, y permanecerá hasta el fin del mundo, el verdadero

[1] Romanos 8:9-11; 1 Corintios 12:13; 2 Corintios 3:6; Efesios 1:13

[2] Romanos 8:9–11; Efesios 5:18; 2 Pedro 1:19–21; 1 Juan 2:20, 27

[3] Juan 16:13–14; Hechos 2:18; 1 Corintios 12:4-11; 2 Corintios 3:18

[4] 1 Corintios 12:4-11, 13:8-10; 2 Corintios 12:12; Efesios 4:7–12; Hebreos 2:1–4

[5] 2 Samuel 23:2; Sal 119:111; Lucas 16:29–31; Juan 10:35; Hechos 1:16, 3:21; Romanos 3:1-2; 2 Timoteo 3:16–17; 2 Pedro 1:21

[6] Marcos 16:15–16; Juan 5:38–39; Hechos 11:14; Romanos 1:16; 2 Timoteo 3:15; 1 Pedro 1:10–12

[7] Proverbios 30:5–6; Juan 17:17; Romanos 3:3-4; Apocalipsis 22:18

[8] Lucas 10:10–16, 12:47–48; Juan 12:47–48; Romanos 2:12

centro de la unión cristiana,[1] y del estándar supremo por la cual toda conducta humana, credos y opiniones deberían ser probados.[2]

Dones Espirituales

Jesucristo quiere manifestar su propio carácter a través de la iglesia.[3] Para lograr eso por medio de creyentes individuales, el Espíritu Santo da a cada creyente, en el momento de la conversión, un don espiritual *único* con el cual ministrar al resto del cuerpo.[4] El Espíritu Santo da los dones por voluntad divina y por elección. La Palabra de Dios indica dos clases de dones.

Dones edificantes (permanentes). Estos dones edifican o forjan el cuerpo. Comenzaron en *los inicios de la* iglesia y continúan operando hoy en día. Ejemplos de estos dones son la profecía (proclamación), la enseñanza, la fe, la sabiduría, el conocimiento, la misericordia, la exhortación, el dar, la administración, el discernimiento de espíritus y ayudas.[5]

Dones de señales (temporales). Estos dones no fueron diseñados para edificar el cuerpo, sino para autenticar el ministerio de los apóstoles y para evidenciar la inclusión de los Gentiles como iguales en la iglesia. Los dones de señales no tienen un rol continuo en el cuerpo. Algunos ejemplos fueron el don de milagros, el don de sanidad, las lenguas y la interpretación de lenguas.[6]

Creación

Enseñamos que, en el principio, Dios creó los cielos y la tierra, y que creó todas las cosas en seis días de veinticuatro horas como se describe en el primero y segundo capítulo de Génesis. En la Biblia, no hay base para que un proceso evolutivo sea la causa del origen o la alteración significativa de la vida o las formas de vida.[7]

Providencia

Enseñamos que Dios, desde la eternidad, decreta o permite todas las cosas que vienen a ser, y perpetuamente sostiene, dirige y gobierna todas las criaturas y todos los eventos;

---

1 1 Corintios 1:10; Efesios 4:3–6; Filipenses 2:1–2, 3:16; 1 Pedro 4:11

2 Salmo 119:59–60; Isaías 8:20; Hechos 17:11; 2 Corintios 13:5; Efesios 6:17; Filipenses 1:9–11; 1 Tesalonicenses 5:21; 1 Juan 4:6; Judas 3

3 Efesios 4:13

4 1 Corintios 12:11; 1 Pedro 4:10-11

5 1 Corintios 14:1–4

6 Hechos 14:1–31; 1 Corintios 14:1–4; 2 Corintios 12:12; Hebreos 2:1–4

7 Genesis 1 y 2; Éxodo 20:11, 31:17; Salmo 33:9

aunque sin destruir la voluntad libre y la responsabilidad de las criaturas inteligentes.[1]

Elección

Enseñamos que la elección es la selección eterna de Dios de algunas personas para la vida eterna, no por el mérito previsto en ellas, sino por Su mera gracia y misericordia en Cristo como consecuencia de la cual son llamadas, justificadas y glorificadas.[2]

La Caída del Hombre

Enseñamos que Dios originalmente creó al hombre a Su propia imagen y libre de pecado, pero a través de la tentación de Satanás, el transgredió el mandamiento de Dios y cayó de su estado original de santidad y rectitud. De este modo, su posteridad heredó una naturaleza corrupta totalmente opuesta a Dios y a Su ley. Por lo tanto, el hombre está bajo condenación, y tan pronto como sea capaz de acción moral, se convierte en un transgresor real.[3]

El Mediador

Enseñamos que Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, es el mediador divinamente designado entre Dios y el hombre,[4] habiendo tomado sobre sí mismo la naturaleza humana, pero más aun sin pecado.[5] Cumplió perfectamente con la Ley, y sufrió y murió en la cruz por la salvación de los pecadores.[6] Fue sepultado, y resucitó al tercer día, y ascendió a su Padre, de cuya mano vive eternamente para hacer intercesión por su pueblo.[7] Él es el único Mediador, el Profeta, el Sacerdote y el Rey de la Iglesia, y el Soberano del Universo.

Regeneración

Enseñamos que la regeneración es una obra sobrenatural del Espíritu Santo, que convence a los muertos en delitos y pecados, iluminando salvífica y espiritualmente sus mentes

---

1 Josué 7:14; Job 37:9–13; Sal 36:6, 37:28, 91:4, 140:7, 145:9; Mateo 6:26, 33–34,10:29; Hechos 1:26

2 Juan 6:37–40, 44, 65, 10:14, 26–27, 15:16; Romanos 8:28–30, 9:11; Efesios 1:4–11; 1 Tesalonicenses 1:4; 2 Tesalonicenses 2:13; 2 Timoteo 2:10; Tito 1:1; 1 Pedro 1:1–2

3 Génesis 2:16–17, 3:1–19; Juan 3:36; Romanos 3:23, 6:23; Efesios 2:1–3; 1 Timoteo 2:13–14; 1 Juan 1:8

4 Juan 1:1–14, 3:16; Hebreos 4:14, 12:24

5 Filipenses 2:6–7; Hebreos 2:9, 14

6 Romanos 3:21; Gálatas 4:4–5; Filipenses 2:8

7 Isaías 53:4–5, Mateo 20:28; Romanos 3:21–26, 4:25; Hebreos 1:8, 8:1; Colosenses 3:1–4

para entender la Palabra de Dios, y renovando toda su naturaleza, para que amen y practiquen la santidad.[1] La regeneración genuina se manifiesta por medio de frutos dignos de arrepentimiento, como demostración en actitudes y conducta justa. Las buenas obras serán su debida evidencia y fruto.[2] Esta obediencia hace que el creyente se conforme cada vez más a la imagen de nuestro Señor Jesucristo. Es una obra de la gracia gratuita y especial de Dios solamente.[3]

Arrepentimiento

Enseñamos que el arrepentimiento es una gracia evangélica, en la cual una persona siendo, por el Espíritu Santo[4], hecha sensible a la múltiple maldad de su pecado, se humilla por su pecado con tristeza piadosa, aborreciendo el pecado y aborrecimiento de sí mismo, con el propósito y el esfuerzo de caminar delante de Dios para Agradarle en todas las cosas.[5]

Fe

Enseñamos que la fe salvadora es la creencia, bajo la autoridad de Dios, de todo lo que es revelado en Su Palabra concerniente a Cristo, aceptando y descansando solo en Él para la justificación y la vida eterna. Es forjada en el corazón por el Espíritu Santo, y es acompañada por todas las otras gracias salvadoras, y conduce a una vida de santidad.[6]

Justificación

Enseñamos que la justificación ante Dios es un acto de Dios por el cual Él declara justos a aquellos que, por medio de la fe en Cristo, se arrepienten de sus pecados y lo confiesan como Señor soberano.[7] Esta justicia está separada de cualquier virtud u obra del hombre, e implica la imputación de nuestros pecados sobre Cristo y la imputación de la justicia de Cristo a nosotros.[8]

Santificación

Enseñamos que cada creyente es santificado (apartado) para Dios por la justificación y es, por lo tanto, declarado consagrado e identificado como un santo. Esta santificación es posicional e instantánea y no debe ser confundido con la

[1] Juan 3:3–8, 5:24; Tito 3:5
[2] 1 Corintios 6:19-20; Efesios 5:17–21, Filipenses 2:12; Colosenses 3:12–17; 2 Pedro 1:4–11
[3] Romanos 8:16-17; 2 Corintios 3:18; 2 Pedro 1:4; 1 Juan 3:2-3
[4] Marcos 1:15, 18; Juan 16:8; Hechos 11
[5] Salmos 51; Lucas 15:18–21, 18:13; Hechos 2:38–40; 2 Corintios 7:10-11; Santiago 4:7–10
[6] Isaías 53:11; Marcos 16:16; Juan 1:12; Hechos 16:31, Romanos 3:24-26, 5:1-2, 10:9
[7] Isaías 55:6–7; Hechos 3:19; Romanos 5:1–21, 8:30, 33, 10:9; 2 Corintios 7:10
[8] Romanos 3:20, 26; 4:6; 1 Corintios 1:30, 6:11; 2 Corintios 5:21; Col 2:14, 1 Pedro 2:24

santificación progresiva. Esta santificación tiene que ver con la posición del creyente, no con su caminar actual o su condición.[1]

Enseñamos que también hay, por la obra del Espíritu Santo, una santificación progresiva por la cual el estado del creyente se acerca más a la semejanza de Cristo a través de la obediencia a la Palabra de Dios y el empoderamiento del Espíritu Santo. El creyente es capaz de vivir una vida de creciente santidad en conformidad con la voluntad de Dios, llegando a ser cada vez más como nuestro Señor Jesucristo.[2]

A este respecto, enseñamos que cada persona salva está involucrada en un conflicto diario – la nueva creación en Cristo haciendo guerra contra la carne – pero una provisión adecuada es realizada para la victoria a través del poder del Espíritu Santo que mora en el creyente. La lucha, sin embargo, permanece con el creyente a lo largo de toda esta vida terrenal y nunca termina por completo. Todas las afirmaciones sobre la erradicación del pecado en esta vida no son bíblicas.
La erradicación del pecado no es posible, pero el Espíritu Santo sí provee para la victoria sobre el pecado.[3]

Seguridad del Creyente

Enseñamos que aquellos a quienes Dios ha aceptado en el Amado, y santificado por Su Espíritu, nunca se apartarán total ni definitivamente del estado de gracia, sino que ciertamente perseverarán hasta el fin; y aunque puedan caer en pecado por negligencia y tentación, por la cual contristan al Espíritu, menoscaban sus gracias y consuelos, traen oprobio sobre la iglesia, y juicios temporales sobre sí mismos, sin embargo, serán renovados de nuevo para arrepentimiento, y serán guardados por el poder de Dios por medio de la fe para salvación.[4]

La Familia

Enseñamos que Dios ha ordenado a la familia como la institución fundamental de la sociedad humana. Está compuesta por personas relacionadas entre sí por matrimonio, sangre o adopción. El matrimonio es la unión de un hombre y una mujer en un pacto de compromiso para toda la vida.

[1] Hechos 20:32; 1 Corintios 1:2, 30; 6:11; 2 Tesalonicenses 2:13; Hebreos 2:11, 3:1,12, 10:10, 14; 1 Pedro 1:2

[2] Juan 17:17, 19; Romanos 6:1–22; 2 Corintios 3:18; 1 Tesalonicenses 4:3–4, 5:23

[3] Gálatas 5:16–25; Efesios 4:22–24; Filipenses 3:12; Colosenses 3:9–10; 1 Pedro 1:14–16; 1 Juan 3:5–9

[4] Juan 5:24, 6:37–40, 10:27–30; Romanos 5:9–10, 6:15–22; Romanos 8:1, 31–39, 13:13–14; 1 Corintios 1:4–9; Gálatas 5:13, 16–17, 25–26; Efesios 4:30; Tito 2:11–14; Hebreos 7:25, 13:5; 1Pedro 1:4–5; Judas 24

El matrimonio es el don único de Dios para revelar la unión entre Cristo y Su iglesia, y para proveer al hombre y a la mujer en el matrimonio el marco de referencia para el compañerismo íntimo, el canal para la expresión sexual de acuerdo con los estándares bíblicos, y el medio para la procreación de la raza humana.

El esposo y la esposa tienen el mismo valor delante Dios, ya que ambos son creados a imagen de Dios. La relación matrimonial modela la forma en que Dios se ve reflejado con su pueblo. Un esposo esta para amar a su esposa como Cristo amó a la iglesia. Él tiene la responsabilidad dada por Dios para proveer, para proteger y para guiar a su familia. Una esposa esta para someterse amablemente al liderazgo servicial de su esposo, así como la iglesia se somete voluntariamente a la *dirección* de Cristo. Ella tiene la responsabilidad dada por Dios de respetar a su esposo y servir como su ayuda idónea en el manejo del hogar y la crianza de la próxima generación.

Los hijos, desde el momento de la concepción, son una bendición y herencia del Señor. Los padres están para demostrar a sus hijos el modelo de Dios para el matrimonio. Los padres están para enseñar a sus hijos valores espirituales y morales y para guiarlos a través de un estilo de vida consistente, ejemplo, y la disciplina amorosa, para que tomen decisiones basadas en la verdad bíblica.
Los hijos están para honrar y obedecer a sus padres.[1]

La Iglesia

Enseñamos que todos los que depositan su fe en Jesucristo son colocados inmediatamente por el Espíritu Santo en un cuerpo espiritual unido, la iglesia, la Novia de Cristo, de la cual Cristo es la cabeza. El Señor Jesús es la cabeza de la iglesia, que está compuesta de todos Sus verdaderos discípulos, y en Él está investido supremamente todo el poder para su gobierno. De acuerdo con Su mandamiento, los cristianos deben asociarse en asambleas o iglesias particulares. A cada una de estas iglesias, Él les ha dado la autoridad necesaria para administrar el orden, la disciplina y la adoración que Él ha fijado.[2] Hay dos oficios designados bíblicamente que sirven bajo Cristo en la iglesia: ancianos (varones, que también son llamados obispos, supervisores y pastores-maestros) y diáconos (varones), los cuales deben cumplir con las cualificaciones bíblicas.[3]

Enseñamos que los miembros deben apoyar a la asamblea local con su asistencia, oraciones, servicio y ofrendas.[4]

[1] Génesis 2:21-25, 3:16; 1 Corintios 11:3; Efesios 5:22–33; Col 3:19–20; 1 Pedro 3:1–7;
[2] 1 Corintios 12:12-13; 2 Corintios 11:2; Efesios 1:22, 4:15, 5:23–32; Col 1:18; Apocalipsis 19:7–8
[3] Hechos 20:28; Efesios 4:11; 1 Timoteo 3:1–13; Tito 1:5–9; 1 Pedro 5:1–5

[4] 1 Samuel 12:24; 2 Corintios 8:1–7; Hebreos 10:24–25

Enseñamos que es nuestra responsabilidad como Cristianos de contribuir gozosamente a las necesidades de la iglesia de una manera planificada, regular, generosa, proporcional a nuestros medios, pero no bajo compulsión, porque Dios ama al dador alegre.[1]

Bautismo

Enseñamos que el bautismo es una ordenanza del Señor Jesús, obligatoria para todo creyente, en la cual es inmerso en agua en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, como una señal de su comunión con la muerte y la resurrección de Cristo, de la remisión de los pecados, y de su entrega de sí mismo a Dios, para vivir y caminar en novedad de vida. Es un prerrequisito para ser miembro de la iglesia y para participar en la Cena del Señor.[2]

La Cena del Señor

Enseñamos que la Cena del Señor es una ordenanza de Jesucristo, para ser administrada con los elementos del pan y el vino (sin fermentar), y para ser observada por Sus iglesias hasta el fin del mundo. No es en ningún sentido un sacrificio, sino que está diseñada para conmemorar su muerte; confirmar la fe y otras gracias de los cristianos; y para ser un vínculo, una promesa y una renovación de su comunión con Él y de la comunión de su iglesia.[3]

El Día del Señor

Enseñamos que el Día del Señor (el primer día de la semana, el domingo) ha sido y es apartado por la iglesia para la adoración del Señor nuestro Dios.[4] Y no dejemos de congregarnos, como es costumbre de algunos.[5]

Gobierno Civil

Enseñamos que el gobierno civil es de designación divina para los intereses y el buen orden de la sociedad humana, y que se debe orar por los oficiales del gobierno, y deben ser conscientemente honrados y obedecidos, a menos que se opongan a la voluntad de nuestro Señor Jesucristo, quien es

[1] 2 Corintios 9:6–15

[2] Mateo 3:5–6; 28:19; Marcos 16:16; Juan 3:22–23, 4:1–2; Hechos 2:36–42, 10:47–48; Romanos 6:4; Gálatas 3:27–28, 1 Pedro 3:20–21

[3] Mateo 26:26-29; Marcos 14:22-25; Lucas 22:14-20; 1 Corintios 11:17-34

[4] Hechos 20:5-12; 1 Corintios 16:1-2; Apocalipsis 1:10
[5] Hebreos 10:23-25

el único Señor de la conciencia y el Príncipe de los reyes en la tierra.[1]

La Muerte y la Eternidad

Enseñamos que la muerte física envuelve la no pérdida de la percepción de nuestra conciencia inmaterial,[2] que hay una separación del alma y el cuerpo,[3] que el alma del redimido pasa inmediatamente a la presencia de Cristo,[4] y que, para el redimido, tal separación continuará hasta el Rapto,[5] la cual inicia la primera resurrección,[6] cuando nuestra alma y nuestro cuerpo serán reunidos para ser glorificados por siempre con nuestro Señor.[7] Hasta ese tiempo, las almas de los redimidos en Cristo permanecen en gozosa comunión con nuestro Señor Jesucristo.[8]

Enseñamos la resurrección corporal de todos los hombres: los salvos a la vida eterna, y los no salvos al juicio y al castigo eterno.[9]

Enseñamos que las almas de los que no son salvos al morir son mantenidas bajo castigo hasta la segunda resurrección, cuando el alma y el cuerpo resucitado serán unidos. Entonces ellos comparecerán en el Juicio del Gran Trono Blanco y serán arrojados al infierno, al lago de fuego, cortados de la vida de Dios para siempre.[10]

Satanás

Enseñamos que Satanás es un ángel creado y el autor del pecado. El incurrió el juicio de Dios al rebelarse contra su Creador, por llevar consigo a numerosos ángeles en su caída, y por introducir el pecado en la raza humana por su tentación de Eva.[11]

Enseñamos que Satanás es el enemigo abierto y declarado de Dios y del hombre, el príncipe de este mundo, quién ha sido derrotado a través de la muerte y resurrección de

[1] Daniel 3:15-18, 6:7-10; Mateo 10:28, 22:21; Hechos 5:29; Romanos 13:1-7; 1 Timoteo 2:1-3; Tito 3:1; 1 Pedro 2:13-14
[2] Apocalipsis 6:9–11
[3] Santiago 2:26
[4] Lucas 23:43; 2 Corintios 5:8; Filipenses 1:23
[5] 1 Tesalonicenses 4:13–17
[6] Apocalipsis 20:4–6
[7] 1 Corintios 15:35-44, 50-54; Filipenses 3:21

[8] 2 Corintios 5:8
[9] Daniel 12:2; Juan 5:29, 6:39; Romanos 8:10-11, 9:23; 2 Corintios 4:14; Apocalipsis 20:13–15
[10] Daniel 12:2; Mateo 25:41–46; Lucas 16:19–26; Juan 5:28–29; 2 Tesalonicenses 1:7–9; Apocalipsis 20:13–15
[11] Génesis 3:1–15; Isaías 14:12–17; Ezequiel 28:11–19; Mateo 25:41; Apocalipsis 12:1–17

Jesucristo; y que será castigado eternamente en el lago de fuego.[1]

El Rapto de la Iglesia

Enseñamos el regreso personal, corporal de nuestro Señor Jesucristo antes de los siete años de la tribulación para trasladar a Su iglesia de esta tierra y, entre este evento y Su glorioso regreso con Sus santos, para recompensar a los creyentes de acuerdo a sus obras.[2]

El Período de la Tribulación

Enseñamos que inmediatamente después de la remoción de la iglesia de la tierra,[3] los justos juicios de Dios serán derramados sobre un mundo incrédulo,[4] y que estos juicios serán culminados por el regreso de Cristo en gloria a la tierra.[5] En ese tiempo los santos del Antiguo Testamento y de la tribulación serán resucitados, y los vivos serán juzgados.[6] Este período comprende la semana setenta de la profecía de Daniel.[7]

La Segunda Venida y el Reino Milenial

Enseñamos que después del período de la tribulación, Cristo vendrá a la tierra para ocupar el trono de David y establecer Su reino mesiánico por mil años en la tierra.[8] Durante este tiempo, los santos resucitados reinarán con Él sobre Israel y todas las naciones de la Tierra. Este reino será precedido por el derrocamiento del Anticristo y del Falso Profeta, y por la remoción de Satanás del mundo.[9]

Enseñamos que el reino mismo será el cumplimiento de la promesa de Dios a Israel de restaurarlos a la tierra que perdieron por su desobediencia.[10] El resultado de su desobediencia fue que Israel fue apartado temporalmente, pero será despertado de nuevo por medio del arrepentimiento para entrar en la tierra de bendición.

[1] Isaías 14:12–17; Ezequiel 28:11–19; Mateo 4:1–11, 25:41; Romanos 16:20; Apocalipsis 12:9–10, 20:10
[2] Juan 14:1–3; 1 Corintios 3:11–15; 15:51–53; 2 Corintios 5:10; 1 Tesalonicenses 4:15–18; Tito 2:13
[3] Juan 14:1–3; 1 Tesalonicenses 4:13–18
[4] Jeremías 30:7; Daniel 9:27, 12:1; 2 Tesalonicenses 2:7–12; Apocalipsis 16

[5] Mateo 24:27–31, 25:31–46; 2 Tesalonicenses 2:7–12
[6] Daniel 12:2–3; Apocalipsis 20:4–6
[7] Daniel 9:24–27; Mateo 24:15–31, 25:31–46
[8] Mateo 25:31; Lucas 1:32–33; Hechos 1:10–11, 2:29–30; Apocalipsis 20:1–7
[9] Ezequiel 37:21–28; Daniel 7:17–27; Apocalipsis 19:11–16, 20:1–6
[10] Deuteronomio 28:15–68; Isaías 65:17–25; Ezequiel 37:21–28; Zacarías 8:1–17

Enseñamos que este tiempo del reinado de nuestro Señor se caracterizará por la armonía, la justicia, la paz, la rectitud y la larga vida.[1]

El Juicio de los Perdidos

Enseñamos que, a continuación de soltar a Satanás después del reinado de mil años de Cristo, Satanás engañará a las naciones de la tierra y las reunirá para luchar contra los santos y la ciudad amada (Jerusalén), en ese momento el ejército de Satanás será devorado por el fuego del cielo. Después de esto, Satanás será arrojado al lago de fuego y azufre, con lo cual Cristo, que es el juez de todos los hombres, resucitará y juzgará a los grandes y pequeños en el Juicio del Gran Trono Blanco.[2]

Enseñamos que esta resurrección de los muertos no salvos será una resurrección física, con lo cual recibirán su juicio y serán remitidos a un castigo eterno consciente en el lago de fuego.[3]

Eternidad

Enseñamos que después del final del Milenio, *será soltado*[4] temporalmente Satanás y el juicio de los incrédulos, los salvos entrarán en el estado eterno de gloria con Dios, después del cual los elementos de esta tierra serán disueltos y reemplazados por una nueva tierra dentro de la cual solo morará la justicia.[5] Después de esto, la ciudad celestial descenderá del cielo y será la morada de los santos, donde gozarán de comunión eterna con Dios y los unos con los otros. Nuestro Señor Jesucristo, habiendo finalizado Su misión redentora, entonces entregará el reino a Dios Padre para que, en todos los ámbitos, el Dios triuno reine por los siglos de los siglos.[6]

[1] Isaias 11, 65:17–25; Ezequiel 36:33–38; Apocalipsis 20:2–3
[2] Mateo 25:41; Juan 5:22; Apocalipsis 20:4–10
[3] Mateo 25:41; Juan 5:28–29; Apocalipsis 20:11–15
[4] Apocalipsis 20:7
[5] Efesios 5:5; 2 Tes 1:9; 2 Pe 3,10; Apocalipsis 20:7–15; 21–22
[6] Juan 17:3; 1 Corintios 15:23–28; Apocalipsis 21:2, 21–22

ARTÍCULO II: MEMBRESÍA DE LA IGLESIA

SECCIÓN 1: Pacto de Membresía

Afirmo que he hecho una profesión pública de fe en Jesucristo como Señor y Salvador y que he sido bautizado como ordena las Escrituras. Afirmo además que he leído la declaración de fe y doctrina de esta iglesia, y soy de la misma fe y espíritu afín.

Como parte de esta comunidad local, y por la gracia y el poder del Espíritu Santo:
- ¿Te esforzarás diligentemente en crecer en santidad para que seas conforme cada vez más a la imagen de Jesucristo?
- ¿Protegerás la unidad del cuerpo de Cristo caminando en amor y guardándote contra el orgullo que tan a menudo divide a las iglesias locales?
- ¿Serás fiel en congregarte con el pueblo de Dios en el Día del Señor para la adoración corporativa cuando tengas la oportunidad, sin abandonar la asamblea del cuerpo?
- ¿Orarás por tus pastores y te someterás al gobierno amoroso, la supervisión y la autoridad de los ancianos con respecto a la reprensión, la instrucción, la corrección y la disciplina amorosa que se da en Mateo 18:15-17, sabiendo que ellos darán cuenta a Cristo por tu alma?
- ¿Usarás fielmente el don espiritual que Dios te da para que otros sean edificados en su caminar con el Señor?
- ¿Ofrecerás tu tiempo y tus recursos al Señor para que las necesidades continuas del ministerio del evangelio sean satisfechas?
- ¿Buscarás creyentes más maduros para que inviertan en tu caminar con Cristo, y de la misma manera buscarás a aquellos en quienes puedas invertir y animar a ser como Cristo?
- ¿Serás responsable ante la iglesia y estarás dispuesto humildemente a dar, recibir corrección y consejo espiritual con respecto a la doctrina y la conducta, teniendo cuidado de huir del orgullo y ocultar cosas en tu vida?
- ¿Continuarás alimentando una vida de oración fiel?
- ¿Te esforzarás por mantener un testimonio creíble de amor por Jesucristo en la comunidad, y frente a sus familiares y amigos inconversos, orando para que vean su necesidad de Cristo, soportando pacientemente la persecución si es necesario, y proclamando el evangelio con valentía dondequiera que tengas la oportunidad?

Congregación:

¿Adoptarás abiertamente a estos nuevos miembros del cuerpo… regocijándote en sus victorias espirituales, consolándolos en sus aflicciones, edificándolos en la fe, amonestándolos en debilidades, orando por ellos y animándolos en la gracia, el amor y la esperanza del Señor Jesucristo?